



RESBALON EN EL NEVERO

BIDAZTI

(Este cuento está basado en un hecho real, por ello no se da ningún nombre ni fecha. Si sus protagonistas se reconocen, que lo divulguen ellos si quieren.)

A la vuelta de Eriste
y los ibones de Millares

ELLA

Abrió los ojos con pereza. La luz se filtraba a través de la lona azul de la tienda tiñéndolo todo de un suave añil...

—¡Hola...!—saludó su compañera, quien se aprestaba a salir, al percibir sus abiertos ojos. Le contestó con un ininteligible gruñido y, acto seguido, preguntó:

—¿Qué tal día amanece?

—¡Estupendo, no se ve ni una nube! ¿Vienes con nosotras? Vamos a los lagos de Millares...

—No, voy con los otros...

—¿Adónde...?

—No lo sé con seguridad; creo que al Guanchimala, o Panchimala, o como se llame...

—Bueno, pues... ¡suerte! Me están esperando... Adiós, hasta luego...

Y salió llevando a rastras la mochila casi vacía—contenía algunos comestibles y una sira—, a sumar sus pasos a los de los que se marchaban...

El «ris-ras» de la cremallera que cerraba la tienda terminó de disipar las brumas de su sueño y sus pensamientos comenzaron a concretarse. Giraban en torno al día que se iniciaba y a una espe-

cie de presentimiento que no podía definir. Sin embargo—pensó—, debe ser porque voy sola con un grupo de seis o siete hombres. Claro que entre ellos iba «él», pero..., ¿qué sentía ante este hecho? Se ruborizó en su solitaria tienda sin querer concretar una respuesta.

Se encogió de hombros y comenzó a vestirse. Tras el momentáneo silencio que siguió a la marcha del numeroso grupo, volvía a oírse el rumor de personas en movimiento. Miró su reloj de pulsera: las siete y diez. Se contempló en el espejo de mano y se retocó los labios. Se peinó someramente pensando si tendría tiempo de ir a lavarse al río. Se encasquetó el gorrito de lana, se persignó y salió.

Al primero que vio fue a «él» afanándose en llenar su mochila. Su alegre saludo y limpia sonrisa valieron para ella como el sol que doraba las crestas del Posets y del Espadas y que aún no visitaba el campamento, sito en el agreste paraje pirenaico de las Granjas de Viados.

EL

Se levantó temprano. Estaba despierto ya antes de que el rumor afanoso de los que preparaban su excursión despabilase a todos. Al salir de la tienda miró al cielo, de un acerado celeste, que ni una nube osaba macular. El macizo del Posets y del Espadas tenía un sombrío tono—el sol todavía no lo había coronado—que realzaba sus impresionantes dimensiones de mole geológica. Luego contempló durante un rato el trajín de los que se preparaban. «Ella» no estaba entre las chicas que se iban. La víspera no había concretado nada. ¿Iría al Bachimala con ellos? Era lo más probable y esa creencia le dio cierto calorcito por dentro.

—¡Adiós, adiós...! ¡Qué paséis buen día...!

La larga fila de los que se iban—catorce o quince montañeros de ambos sexos—arrancó a tirones y, a poco, quedó solo entre el amasijo de tiendas anaranjadas. Como una aguja imantada se orienta al Norte, el dardo de su mirada fue a clavarse en la única tienda azul del campamento. Y sueños celestes fue lo que interrumpieron sus compañeros al salir a gatas de distintas tiendas murmurando:

—¡Buenos días!, o *Egun on!*

Comenzó a preparar su mochila fuera de la tienda. Repentinamente, con intuición telepática, levantó la vista y la vio. Allí estaba, sonriéndole, con sus azules ojos brillando en su ronrosada cara enmarcada por sus dorados cabellos. Le dio un brinco el corazón y saludó, quizá con demasiada vehemencia:

—¡Hola...!

ELLA

La subida inicial fue dura y despiadada. El sol pegaba y la cuesta no daba perdón. El torrente que bajaba por el barranco de los Oriles cantaba alabanzas a la frescura, ausente en todas partes menos en él.

Por fin llegaron a la cumbre del repecho y una escalera de herbosas lomas se ofreció a su vista hasta culminar en dos crestas rocosas que los entendidos denominaron como «Señal de Viados» y «Leschabre».

La marcha fue monótona. La sucesión de lomas que había que remontar carecían del menor atractivo y de la más mínima sombra. Únicamente las vistas sobre el Posets y el Eriste, con sus destelleantes neveros, mitigaban la monotonía.

Al llegar a la cresta que luego seguirían hasta la encrucijada formada por el «Señal de Viados», «Laschabre» y «Sabre», la panorámica se extendió al otro lado hasta la línea de cumbres que señalaba la frontera con Francia, desde el puerto de la Pez hasta el puerto de la Madera. Atrás, el Montó, tan airoso desde el campamento, se iba convirtiendo en un montículo sin relieve ni importancia.

Se sentía terriblemente cansada. Su fatiga le hacía ver que todo había aumentado desmesuradamente de tamaño. Lo más horrible del mundo semejaban aquellas decenas de metros que faltaban para alcanzar a los primeros del grupo—caballos incansables—que les esperaban arriba. ¡Ah, pero «él» la llevaba de la mano animándola con palabras cariñosas! No; aunque reventase, él no la vería débil y angustiada por su carencia de fuerzas. Su voluntad podría más. Total, la estriada crestería de piedras rojizas no parecía, después de todo, estar tan lejos...

Cuando alcanzaron a los otros, pudo ver la otra vertiente de la cresta bajar rauda, escalofriante. Se sentó un poco mareada y tomó maquinalmente los azucarillos y el chocolate que la ofrecieron.

Rápidamente se fue normalizando su respiración y, como por encanto, se sintió descansada y optimista. El vino de la bota que le ofrecieron casi hervía. Mejor le supo el agua azucarada recogida con cuidado en un barroso charco.

Un buen rato de descanso la puso nueva. Ahora caminaban por la crestería sensiblemente al mismo nivel, y un aire, vivificante por su frescura, agitaba sus rebeldes rizos. La fácil marcha le dio tiempo a pensar...

¿Qué extraño lazo le unía a «él»? ¿Cuál era esa inquietante atracción? Hace unos meses, unas semanas... ni se preocupaba de su existencia, y ahora... Pero «él» no le había dicho nada... ¿No se estaría haciendo vanas ilusiones?

Insensiblemente, la hierba fue dejando lugar a la pedriza. Hubo que bordear las verticales paredes de la «Señal de Viados» y «él» se le acercó de nuevo. En todos los pasos delicados, cansados o peligrosos, estaba a su lado. Los demás los dejaban solos ya que parecían dar como cosa hecha lo de «él» y «ella».

Bajaron la pedriza que llevaba al collado entre el Sabre y el Leschabre y, tras subir semiescalando las primeras estribaciones de aquél, bordearon hacia la izquierda para situarse sobre una especie de plataforma rocosa, con estrías nivosas, que contorneaba ampliamente al Bachimala y al Sabre, formando un enorme circo. Se adelantó de nuevo «él». Ella sabía que lo hacía para buscarle el mejor camino, por ahorrarle peligros y pasos inútiles... La crestería del Bachimala describía un gran semicírculo con un saliente en medio de su concavidad... Es la curva superior del dibujo de un corazón... ¡Ay, pero...! ¿Aquellos neveros que brillaban allá? ¿Tendrían cuencas glaciales el corazón de «él»?

EL

Miró afanosamente a todos los lados. Según le habían informado, una hilera de «cairns» señalaba el camino más fácil para alcanzar la cúspide de aquel murallón bermejo que era el Bachimala. Con ojo crítico examinó las paredes más cercanas; la escalada no parecía difícil, pero... ella nunca había escalado y además existía el peligro del vértigo... No, era mejor seguir el camino que, en algún lugar de aquel caos pedregoso, estaba señalado.

—¡Aquí hay un «cairn»!—gritó alguno—. ¡Y allí otro, y otro...!

El camino parecía hallado. Siguiendo la hilera de pedruscos amontonados hasta llegar a un helero. Allí se bifurcaba. Una hilera se dirigía hacia arriba y otra hacia la izquierda. Esta era la buena, pero lo aprendieron siguiendo la otra, que les llevó a una fuente. No desaprovecharon el despiste. El líquido que manaba del manantial, pese a su sabor amargo, raro, estaba fresquísimo...

Ella cogió su mano con una sonrisa. Por evitarse volver sobre sus pasos, bajaron una pared de negruzcas piedras descompuestas que se hizo difícil porque se desmoronaba fácilmente. Su cálida manita transmitía tal mensaje de confianza y fe en él, que deseó que el descenso durase más y el peligro fuese mayor. Ansió poder cogerla en brazos y llevarla, como un «superman», volando hasta la cima..., pero... la realidad era que bastante tenía



con allanarle el camino buscando los mejores agarres, los huecos más firmes y las pendientes más suaves.

Por fin cruzaron el inmenso mare mágnim rocoso que vino a continuación. Los «cairns» señalaban una hipotética ruta que había que efectuar, generalmente, saltando de roca en roca.

Cuando llegaron al pie de la larga muralla Este del Bachimala, a un lugar donde se suavizaba ostensiblemente la verticalidad de la pared, treparon por ella hasta llegar a una ladera de unos 80 grados de inclinación que les pareció horizontal al contraste con lo recién pasado. Los cantos sueltos emitían sonidos de porcelana desmenuzada. Es increíble el grado de descomposición en que se hallan estas cumbres. Si se quería contemplar el panorama, grandioso, había que pararse, so pena de que un mal paso rompiese una pierna o dislocase un tobillo.

—¿Qué te parece esto...?—le preguntó mientras ponía en orden los tirantes de su mochila, sacados fuera de su habitual lugar en el hombro, por un salto mal medido.

—¡Terrible...!—contestó ella—. ¡Me da no sé qué...!

En efecto, impresionaban aquellos pedragales sin brizna de hierba dominando un horizonte en el que infinidad de cimas nevadas parecían quedar por debajo de ellos. ¿Era así el camino del cielo, áspero, cruel, despiadado... donde no había lugar para los débiles de espíritu?

Subiendo sin cesar llegaron a la cresta que conduce directamente a la cima. El otro lado de la arista se perdía en un pavoroso abismo en el fondo del cual brillaban glaciares de cierta consideración e ibones de aguas azul-plomo, cruzadas por algún que otro carámbano. La cornisa se volvía más aérea por momentos, pero siempre era fácil, con buenos agarres en los pasos delicados... Por fin... ¡la cumbre!

Le dieron ganas de abrazar y besar a su compañerita, mas había muchos ojos... Además de sus amigos estaba un nutrido grupo de aragoneses que llegaron minutos antes que ellos. Por eso se limitó a darle un fuerte apretón de manos, felicitándola por sus primeros «tres mil».

DUO

Cuando todos dejaron de felicitarla, se volvió a mirar en torno suyo. Por todos los lados cimas nevadas estriadas de negro, pero, al pronto, no las vió; tenía los ojos empañados y rezaba fervorosamente dando gracias al Señor por haberla concedido la dicha de llegar. Aquella cúspide perdida entre las centenas del Alto Pirineo aragonés simbolizaba una culminación: la de su ser. La había alcanzado...

Risas, palabras, calor humano de franca camaradería que ella no oía ni sentía, envuelta en el aura de algo infinitamente más suyo, más íntimo y más grande, que rebosaba la pequeña plataforma rocosa en que se apiñaban todos. ¿Qué la importaba que los demás señalasen la Maladeta con su Aneto, el monte Perdidó, el este y el otro? En aquella inmensidad de glaciares y rocas tenía una más completa sensación de su cuerpo, de su yo que... ¿para qué servía, tan pequeño, tan insignificante ante aquella inconmensurable grandeza?

Una mano acarició la suya y se volvió. Era «él», como lo había intuido al notar el contacto. Era «él» y estaba en la cumbre, ¿qué importaba lo demás?

—Mira—¿por qué hablaría si sobran las palabras?—aquel piquito que se ve allá, el más alto de todos los que destacan en aquel gran glaciar, es el Aneto, la cumbre más alta del Pirineo...

Ella miró y, por primera vez, lo hizo interesada en grabar toda aquella grandiosidad en su alma. Era su primer «tres mil», era mucho más que todos aquellos otros... y además...

Comieron en la soleada cumbre con mucho apetito, poco pan y menos vino. Este lo pusieron a refrescar entre la nieve. El «foie-gras» hubieron de comerlo con galletas. Los aragoneses organizaron toda una caballeresca ceremonia al dar el espaldarazo de «tresmileras» a unas muchachitas que también habían alcanzado tal altura por primera vez.

Al comenzar el regreso, aparecieron los sarríos. Eran once y destacaban claramente en la albura del gran nevero que atravesaban, allá abajo. Alguien silbó y los ágiles animales emprendieron

veloz carrera. ¡Oh, sorpresa! Cuando aquéllos terminaron de cruzar y su pardo pelaje se difuminó entre las rocas, otros siete cruzaron saltando vertiginosamente sobre la nieve.

La vuelta fue mucho más fácil, pero poco antes del collado, entre el espolón del Sabre y el Leschabre...

—Yo no cruzo ese nevero—dijo ella asustada—. Es muy pendiente...

—Yo te ayudaré—le animó él—. Nos ahorraremos el tener que subir hasta allá arriba...

—No, no..., prefiero subir...

Pero no subió. No tenían piolets ni grampones. La larga estría de nieve tendría media docena de metros de anchura, pero era larguísima y de unos cincuenta grados de pendiente. Más abajo, un arroyuelo originado en él saltaba fresco y bullente sobre una pequeña plataforma. Algunos bajaron para llenar sus cantimploras. En estos detalles nimios está a veces la separación entre la vida y la muerte...

Al cruzar la pareja, ella resbaló, golpeó con sus pies los de él y haciéndolo resbalar a su vez, se deslizaron veloces hacia el arroyo. A medio camino, en su caída, uno de los amigos se arrojó sobre ellos y frenó algo la rapidez del descenso, pero fue arrastrado a su vez. Más abajo, otro intentó hacer lo mismo sin conseguir más que ser arrastrado también. Al final, junto al arroyo, los que bajaron a él, apercebidos por los gritos, esperaron a pie firme aguantando a duras penas la embestida. Un metro más allá continuaba el nevero hasta un precipicio...

Al pronto, todos estaban demasiado asombrados de lo que en aquellos cortos segundos había sucedido. Luego estallaron las risas nerviosas y, a poco, a medida que se levantaban los caídos, las francas carcajadas al ver que nadie se había dañado en mayor cuantía que rasguños, golpes leves y sobre todo pantalones muy mojados. Estas fueron las consecuencias visibles de la imprudencia cometida, pero hubo otras...

Cuando se reinició el regreso, ella le retuvo andando despacio hasta que los demás se alejaron. Cuando los juzgó a suficiente distancia, murmuró:

—¿Me perdonas...?

—¿De qué...?—preguntó él—. En todo caso, tú me tenías que perdonar a mí. Yo te incité a cruzar el nevero...

—Sí, pero, yo, torpe de mí, resbalé...

—¡Bah! ¡Eso me podía haber pasado a mí también...! ¿Qué pensabas cuando nos deslizábamos...?

—¿Pensar...? ¡Nada! Sólo tenía un miedo horrible...

—Sí, ya te oí susurrar: *Ay ama, ay ama...*!

—¿Eso decía? No me acuerdo... Y tú, ¿en qué pensabas?

—¿Yo?—sonrió con ambigüedad—. Sólo pensé dónde podría agarrarme...

No quiso revelarles el terrible pánico que le invadió al pensar que podían ser precipitados en una caída mortal. Tampoco quiso decirle que aquel pánico era cosa pasada, mientras que aún le estremecía el recuerdo del estrecho abrazo con que se deslizaron pendiente abajo, del tibio calor de su cuerpo pegado al suyo... Desvió la vista pues sintió que se le escapaban pensamientos que le turbaban y tuvo miedo que ella los adivinase. Cuando, más sereno, la volvió a mirar, vio en sus ojos tal adoración que, temiéndola tan cerca, no pudo menos que darle un beso fugaz, vergonzoso... Pero ella le hechó los brazos al cuello y el beso se hizo prolongado... ansioso...

—Estamos quedándonos muy rezagados... A los demás ya no se les ve—gritó ella con súbito nerviosismo—. ¡Corre, vamos!

—Oye, espera—susurró él—. ¿Me quieres?

—¿Y tú a mí...?

—¡Con toda el alma!

—¡Vamos, vamos! ¿Qué van a pensar los otros?

—Pero... ¿me quieres o no?

—¡Qué tonto eres...! ¡Claro que sí...!—y roja de rubor se alejó corriendo hacia donde los otros, en un altibajo del camino, habían desaparecido. Tenía miedo y alegría, dulzor y acidez, ganas de reír y de llorar... ¡La quería!

Allá estaban los otros compañeros. Ya no tenía miedo, ni agotamiento, ni ganas de llorar... Sólo alegría, dulzura y fe en una mañana feliz...

¡Ah, Bachimala... Bachimala...!

N. de la R.—Las fotos que ilustran el cuento de «Bidazti» las publicamos por cesión de uno del «Urdaburu Antiguo», que estaba allí y las consiguió durante aquellos días de 1961 en que ocurrió el «Resbalón».

La cima del Espadas

